

pichtli favorecia sus intentos, no hubiera dado motivo á que el pueblo resuelto á elegir rey que le gobernase, hubiese puesto los ojos en el rey Xiuhtemoc de Culhuacan; buscando un príncipe proveyo y de experimentada conducta que les protegiese, no solo contra el poder de las demas naciones sus vecinas, sino tambien contra la ambicion de los sacerdotes.

Yo me persuado á que D. Carlos de Sigüenza con lo mucho que trabajó en esta historia llegó á desenredar este laberinto de dificultades en los sucesos de los dos Aculhuas y dos Acamapichtlis. Concuera tambien Sigüenza en el cómputo que sigo, poniendo la eleccion de Acamapichtli en el dicho año de 1361, y añade que fué á tres de mayo (1). Acamapichtli como rey de Culhuacan era feudatario del imperio, y por rey de los mejicanos quedó tambien feudatario del de Azcapuzalco; pues como he dicho, Aculhua segundo dió á los mejicanos la isleta de la laguna, que pertenecia á sus dominios, con la calidad de pagar anualmente cierto tributo de la pesca de ella; y aunque despues restituyó á Quinantzin la corona imperial, no entró la devolucion en el dominio directo de las ciudades de Méjico y Tlatelolco, que se mantuvieron feudales del reino Tecpaneca. Poco tiempo despues de la eleccion, agrada-

(1) Clavigero pone la eleccion de Acamapichtli en el año de 1352, que fué señalado con tres pedernales; y lo extraño es que tanto él como nuestro autor se apoyan en Sigüenza cuando hablan de la genealogía de los reyes mejicanos, y sin embargo de esto difieren no solo en el año de la eleccion de este príncipe, sino en su origen, pues Clavigero no conviene en que fuese hijo de Huitzilihuitl. Vease el tomo I. de su historia pág. 117.—E.

do Acamapichtli de la hermosa situacion y amenidad de la ciudad de Méjico, trasladó á ella su corte, y esto contribuyó mucho á su mayor aumento y esplendor.

CAPITULO XXII.

Muere el rey de Xaltocan, y le sucede el de Meztitlan. Muévele guerra el de Azcapuzalco, coligado con el emperador y los reyes de Méjico, y le vencen y despojan del reino, que dividen entre sí.

A los veinte y tres años del reinado de Techotlatzin, en el que señalaron con el geroglífico de cinco pedernales, que corresponde en las tablas al de 1380, murió Paintzin rey de Xaltocan, y señor de la nacion otomita; y sin embargo de haber dejado sucesion femenina, porque era hija suya la infanta Taniauh, que casó con el general Tochintecuhtli, de quien procedieron los señores de Huexotla, como dejamos dicho al capítulo VIII, no le heredó esta, ni sus hijos, sino Tzompantzin, señor de Meztitlan. Unos dicen que este era su tio, y otros que era su hermano, y esto segundo es mas verosímil, porque Paintzin era hijo de Chiconquauh, uno de los tres señores Aculhuas, y debia ser muy anciano, porque reinaba en Xaltocan por lo ménos desde el año de 1231, que hasta este de 1381, son ciento cuarenta y nueve años de reinado, y por consiguiente se acercaba á los doscientos años de edad. ¡Cuantos, pues, tendria su tio, si hemos de suponerlo hermano de su padre? Por cuya razon le preferia á su hija para la sucesion en el reino, y así me parece mas natural que

fuese su hermano; si no es que el dicho Paintzin no fuese hijo, sino nieto de Chiconquauh, y que su padre tuviese el mismo nombre de Paintzin, que de esto hay mucho en esta historia, y ha sido causa de muchos errores, porque los han confundido y hecho de dos personas una sola, como sucede en los Aculhuas de Azcapuzalco.

Sea como fuere, quien sucedió en la corona de Xaltocan fué Tzompantzin, señor de Meztitlan; y dicen algunos que deslumbrado con la nueva dignidad, solo cuidaba de sus comodidades, haciéndose servir magníficamente, y empleando todo el tiempo en diversiones, descuidó enteramente del gobierno de sus súbditos, los cuales comenzaron á largar la rienda á los vicios, especialmente al hurto, saliendo de noche de sus poblaciones á robar á las ciudades y pueblos de los dominios vecinos, lo que causaba riñas y muertes de unas y otras partes, y quejas de los príncipes comarcanos: pero nada de esto estimulaba á Tzompantzin para poner el debido remedio.

El rey Tetzotzomoc de Azcapuzalco, príncipe ambicioso y astuto, que á la sazón se hallaba muy poderoso, y no deseaba otra cosa que ocasiones en que servirse del número y valor de sus tropas para aumentar su reino y dilatar sus dominios, determinó apoderarse del reino de Xaltocan valido de la inacción de su rey. Convidó á la empresa al emperador, y á los reyes de Méjico y Tlatelolco, proponiéndoles dividir entre todos el reino de Xaltocan.

Convinieron los monarcas no solo en hacer la guerra á los de Xaltocan, sino tambien en darles el avance sin avisarles, acción contraria á la política de la

guerra que entónces usaban, y quedó determinado que una noche, que desde luego asignaron, fuesen Tetzotzomoc y los dos reyes mejicanos con su ejército, y embistiesen las tierras de Xaltocan por el lado de Tepotzotlan y Quauhtitlan, que eran las fronteras del reino por la banda del Poniente, y que el emperador con su ejército avanzaría por Chiuhnaughtlan, que lo era por el Sur, confinantes con las tierras de Tezcoco. Llegada la noche asignada, entraron unos y otros por las fronteras del reino en los parages referidos, asolando y destruyendo cuanto encontraban, sin perdonar edad ni sexo.

Llegó velozmente la noticia á oídos de Tzompantzin, quien salió precipitadamente con la gente que pudo juntar, que sin embargo de lo improvisado del suceso fué en tanto número, que compuso un razonable ejército. Con él esperó al enemigo media legua fuera de la ciudad por el lado de Quauhtitlan; y habiendo llegado Tetzotzomoc con su ejército, se embistieron uno y otro con tanto ardor, que quedó el campo cubierto de cadáveres, hasta que al amanecer, no pudiendo ya los otomites sostener el ataque, huyeron, desamparando el campo de batalla, y con ellos su rey que envió sus mensajeros por el lado de Chiuhnaughtlan á encontrar al emperador, que habia entrado por aquella banda con su ejército, asolando y destruyendo cuanto encontraba sin resistencia alguna, para que le dijese de su parte, que él nunca habia pensado en faltarle á la debida obediencia ni habia tenido parte alguna en los excesos que habian cometido sus vasallos, pues ni habian sido de su órden, ni con su consentimiento, ni aun con noticia suya; que luego que los habia enten-

dido, había procurado poner remedio, y que si este no había sido suficiente, no por esto era él culpado, ni debía ser tan severamente castigado.

Estas y otras disculpas dieron los mensajeros al emperador de parte de su señor, mas sin otro efecto que el que mandase suspender el furor de las armas, sin seguir adelante con el destrozo, enviándole á decir que tomase la fuga, y procurase guardar su persona y antiguo señorío de Meztitlan, y no pensase mas en restaurar su reino de Xaltocan.

El ejército victorioso de Tetzotzomoc siguió el alcance al enemigo, hasta la misma ciudad de Xaltocan, á donde se había refugiado la mayor parte de los fugitivos con su rey: mas no pudo haber á este á las manos, porque viéndose desauciado del emperador, tomó su consejo, y salvando su vida, huyó á Meztitlan, y con él un gran número de sus vasallos otomies. Tetzotzomoc con su ejército hizo en Xaltocan horrible estrago, dándola á saco á sus soldados.

Huyendo del estrago salieron muchas bandadas de gentes, viejos, niños y mugeres, que pensando escapar del peligro, tomando el rumbo de Chiuhnahltlan, fueron á dar con las tropas del emperador, que los hubieran hecho pedazos, si la clemencia de este príncipe no lo embarazara; porque conociendo que toda era gente miserable é indefensa, no solo impidió que se les hiciese daño, sino que los amparó en sus dominios, y les señaló en ellos terreno donde se estableciesen, en unos cerros inmediatos á Tezcoco, y les dió por señor á un caballero llamado Quauhquetzaltzin; y estos fueron los que fundaron la ciudad de Otompan, que fué despues tan famosa en los tiempos posteriores.

Otras cuadrillas de los fugitivos se acercaron y establecieron en otras partes del reino con permiso del emperador, que no les consintió que se acercasen en las ciudades y pueblos de sus dominios mezclándose con sus vasallos, sino que formasen separadamente sus poblaciones en lo mas retirado de los montes, y en los tiempos posteriores ocurrieron al emperador otras muchas familias de las que quedaron en las poblaciones que tomó para sí el rey Tetzotzomoc, porque este los afligia con la imposición de intolerables pechos y tributos, á las que admitió benignamente el emperador, y las dió tierras en que establecerse en los territorios de Yahualican y Mazapan, y este es el origen que tuvieron las poblaciones de esta nacion, que subsisten en nuestros dias, conservando todavía su language.

Todas las tierras del reino de Xaltocan que caían á la banda del Sur respecto de su capital, y esta misma quedaron incorporadas en el imperio. Las que corrían desde la dicha capital hácia el Poniente las repartieron entre sí los reyes de Azcaputzalco, Méjico y Tlatelolco, tomando estos las que confinaban con sus dominios por las riberas de la gran laguna; con lo que aumentaron considerablemente sus estados, y el resto quedó en poder del rey de Azcapuzalco.

Este fue el fin que tuvo el reino de Xaltocan, una de las tres primeras monarquías que se levantaron en esta tierra despues de la venida de Xolotl, por la donacion que este hizo á Chiconquauh, uno de los tres señores Aculhuas, como dejo referido en su lugar.

Bien conocia el emperador que no era conveniente á la quietud de sus reinos que los príncipes y señores de vasallos estuviesen mucho tiempo en sus estados,

y así una de las máximas que siguió en su gobierno fué la de tenerlos lo mas del tiempo ocupados, ó dentro, ó fuera de la corte. En esta dándoles los empleos honoríficos de consejeros y ministros en los tribunales que estableció, y fuera de ella en los gobiernos de algunas ciudades y poblaciones, en la exacción de tributos, y en la guerra que mantuvo siempre en las fronteras del reino, ya con unos, ya con otros de aquellos régulos que por tener sus estados muy retirados de la capital, querian substraerse de la subordinacion, haciéndose absolutos é independientes.

El gran cuidado y singular esmero que puso en la observancia de las leyes, siendo inexorable en el castigo de los transgresores, le hizo muy temido y respetado de todos, porque ni la calidad, ni la dignidad, ni el sexo servian de privilegio á ninguno para la transgresion de la ley, ni para la inmunidad de la pena. Habiale criado una señora tolteca llamada Papaloxchitl, de quien habia aprendido con perfeccion la lengua nahuatl; y conociendo las ventajas que hacia á las demas que se habian ya difundido en estas tierras con la venida de diferentes naciones, su fecundidad, señorío y pulidez, mandó que se hablase universalmente en sus dominios, y particularmente en la corte, prohibiendo otro cualquier idioma, sin exceptuar el suyo nativo chichimeca, para hablarle á él; y asimismo mandó que de él solo se usase en todos los tribunales en cualquier negocio que en ellos se agitase.

Para este efecto hizo venir de las principales ciudades de los culhuas toltecas, y singularmente de Méjico y Tlatelolco, sugetos peritos y capaces para enseñar este idioma, no solo en la corte, sino en otras

de las ciudades mas numerosas, señalándoles rentas de su real erario.

En lo que no quiso entrar, ni fueron capaces de hacerle condescender las repetidas instancias de sus grandes y ministros, fué en abrazar la nueva religion de los mejicanos, dando culto á tantas deidades como ellos veneraban. Habiasse extendido ya mucho la idolatría, primero en las poblaciones de los culhuas, de donde habia pasado á la de los chichimecas, de suerte que adoraban ya todos á los Dioses de los mejicanos, ofreciéndoles no solo oblaciones de flores, frutos é inciensos, sino tambien sacrificios de aves y animales, y algunos de sangre humana. Solo la corte de Tezco se habia resistido á abrazar este culto, manteniéndose en la religion de sus mayores, y adorando solamente al Tloque Nahuaque, ó Dios Criador, sin ceremonia alguna de culto exterior. Mas viendo ya seguir á todos la religion de los mejicanos, lisongeados del aparato del culto en la grandeza de los templos, ceremonias de los sacrificios y autoridad de los sacerdotes, eran ya en el corazon secuaces de sus ritos los principales ministros y señores de la corte; y para profesar abiertamente el nuevo culto, procuraban inducir y persuadir al emperador su rectitud y verdad. Mas este nunca quiso condescender á sus instancias, ni reconocer por verdaderas deidades aquellos simulacros; ántes burlándose de sus ceremonias, se mantuvo siempre en el concepto de que no habia otra deidad que el Dios Criador, y que á este únicamente debia dársele adoracion; pero que no teniendo cuerpo ni necesitando de alimento, era inútil ofrecerle frutos ni flores, bebidas, ni inciensos; y que habiéndolo criado todo, y dado el

ser y la vida á todos los animales, no podia serle agradable el que se las quitaran, para no aprovecharse de sus carnes para alimentarse, que era el fin para que los habia criado, y mucho ménos se agradaria de los sacrificios de sangre humana, que causan horror á la misma naturaleza. Estas y otras sapientísimas respuestas daba siempre á los que intentaron persuadirle la nueva religion, manteniéndose hasta la muerte en la de sus mayores, sin reconocer otro Dios que al Criador de todo.

CAPITULO XXIII.

De la rebelion y guerra que hubo por estos tiempos en Tlaxcallan. Sitian la ciudad los rebeldes protegidos del señor de Huetzintco, que envia á pedir socorro al rey de Méjico. El de Tlaxcallan lo pide al emperador, quien se lo envia muy copioso, y á otros príncipes que tambien se lo envian, y se fortifica en su capital.

Con la buena acogida que hallaron en Tlaxcallan los vencidos en Poyauhtlan, y el permiso que les dió el rey Culhua Tecuhtli para establecerse en sus dominios, y entre las poblaciones de sus antiguos vasallos, comenzaron desde luego á poblarse y extenderse por toda la tierra, con lo que se aumentó grandemente esta poblacion, pero especialmente tomó un incremento considerable la capital de Tepeticpac, en donde se avecindó un gran número de gente ilustre y principal.

Estaba situada Tepecticpac, ó Texcaltipac, en un alto repecho de la sierra de Matlalcueyo. En po-

co tiempo creció tanto, que competia con las mas numerosas poblaciones. En todas habia un gefe, ó gobernador que en lo general era de aquellos mismos capitanes que les habian mandado en la guerra y les habian conducido en su fuga, á los cuales se agregaron todos los otros que huyeron dispersos, porque despues que llegaron á Tlaxcallan fueron reconociendo á sus gefes y agregándose á sus cuerpos, y así cada uno de estos capitanes con el trozo de gente que le obedecia formó su poblacion, unos en terreno realengo, y entre las antiguas poblaciones, y otros en aquellos terrenos de que el rey hizo merced á los infantes y á otros señores principales: aquellos mandaban sus lugares como gobernadores por el rey, y estos como subalternos de los señores dueños de la tierra, pero unos y otros, y los mismos señores, reconocian por supremo señor y monarca á Culhua Techutli Quanex, y este mandaba absoluto á independiente, dando todas las órdenes convenientes al buen gobierno y administracion de justicia.

Los mas de los señores vivian en la corte, y asistian continuamente en el palacio del rey; esto aumentó mucho su autoridad y esplendor, que cada dia iba á mas, grangeándose aquel príncipe con su afabilidad y benevolencia el amor de sus súbditos, y procurando por medio de la observancia de las leyes y la buena administracion de justicia mantener en su reino el buen concierto y armonía, pero aquellos mismos revoltosos, que repugnando sujetarse á las leyes, y apeteciendo una libertad criminal, habian tomado las armas contra sus príncipes en el imperio Tezcucano, aunque habian mudado de habitacion, no habian variado de costum-

bres; y conservando sus perversas inclinaciones, se les hacia duro y pesado el vivir ocupados en el cultivo de los campos, y en el ministerio de la república, el comer de su trabajo, y no del robo, y finalmente el estar sujetos y no vivir aun á su alvedrío.

Comenzaron á murmurar del soberano, atribuyendo á vanidad, soberbia y arrogancia el lustre y autoridad debido á su dignidad, que procuraba mantener sin faltar á la clemencia y afabilidad. A los señores y gente ilustre motejaban de aduladores y lisonjeros, diciendo que querian exaltarse á costa de la opresion de los pobres y del infeliz vulgo. Los señores particulares en sus estados, y los otros gobernadores en sus poblaciones realengas, procuraban atajar este daño, castigando severamente á los que descubrian ser inquietos y sembrar en el pueblo estas habillitas; pero esto en vez de apagar el fuego, lo encendió mas, y llegó á prender tanto, que no solo abrazó las poblaciones nuevas, sino tambien las antiguas, excepto la capital.

Resueltas ya á tomar las armas contra sus mismos gefes, caudillos y príncipes, no se atrevian á declararse, porque á este monstruoso cuerpo le faltaba cabeza, y les pareció que podria serlo el señor de Huexutzinco, y muy fácil hacerle entrar en la conjuracion, porque miraba con celos la exaltacion de su vecino el de Tlaxcallan.

Dicen que este señor se llamaba Xiuhlehuitecutli. No es fácil averiguar si este es el mismo á quien Alba llama Tematzin, en la lista que trae de los reyes que asistieron á la jura de Techotlaltzin, y dejó referida al capítulo XXI. Pero es indubitable que era hijo, nieto, ó viznieto del rey Huetzin de Cohuatlican;

porque sabemos por las historias chichimecas que el emperador Tlotzin hizo merced de estas tierras á los dos hijos de este rey, llamados Chicomatcatzin, y Tlactlanetzin, como dejo dicho al capítulo XI, y así seria alguno de estos, ó descendientes suyos: mas por el nombre no es posible averiguarlo; porque como facilmente se mudaban los nombres, especialmente cuando se armaban caballeros tecuhtlis, no podemos saber si era alguno de estos ni por qué le nombraban á él solo, siendo constante que á los dos hermanos se les hizo merced de estas tierras, por no haber querido permanecer en ellas el infante Tochintzin, y que de la sucesion de uno y otro tuvo principio esta república, aunque la razon de esto segundo puede ser el que fuese este el mas anciano y respetable, y por eso nombrarle á él solo. Pero sin duda era de la estirpe de estos señores, y tenia alianza con la casa de Cohuatlican, como consta de lo dicho hasta aquí, y de lo que luego veremos.

Dirigiéronse, pues, á él los conjurados quejándose de la opresion que fingian padecer, y haciéndole presente que el rey de Tlaxcallan habia ascendido en poco tiempo á una grandeza y autoridad excesiva, y que al paso que iba se haria señor universal de toda la tierra, porque este era su objeto, y el de todos los señores chichimecas y teochichimecas de su corte; con lo que creceria cada dia mas la opresion del pueblo, queriéndolos tener en una miserable servidumbre. Que si no se le procuraba contener, se echaria sobre los estados de Huexutzinco, que eran los mas inmediatos, y le despojaria á él de ellos, por lo que debia sacar la cara y oponerse á tanta exaltacion, que una vez que él le declarase la guerra, ellos tomarian las armas pa-

ra ayudarle, y le aseguraban que todo el reino estaba conmovido, y así podía lisonjearse de la victoria.

Poco habia menester Xiuhlehuitecuhli para moverse, porque habia muchos dias que miraba con zelo y temor la exaltacion del Tlaxcalteca, y facilmente entró en la liga de los conjurados; pero desconfiando justamente de su auxilio, y que á la mejor ocasion le dejasen solo, les respondió que estaba pronto á declararle la guerra á Culhua Tecuhtli Quanex, y á ayudarles en defensa de la causa comun; pero que para esto era necesario que ellos comenzasen y diesen principio al rompimiento, tomando las armas en todas las poblaciones á un tiempo, y volviéndolas contra sus respectivos gobernadores; que él entretanto levantaria tropas en sus dominios, y solicitaria socorros de sus amigos, con que ayudarles á sostenerles.

Convinieron en ello los conjurados, y partieron á sus poblaciones á disponer con gran sigilo todo lo necesario para ejecutar la accion en un mismo dia en todas partes.

El de Huexutzinco no se descuidó en dar las providencias convenientes para levantar tropas en sus estados, y despachó luego sus mensajeros, pidiendo socorro á su pariente el rey de Méjico, que las historias tlaxcaltecas llaman Matlahuiztin, pero por las chichimecas sabemos que quien reinaba en Méjico este año de la rebelion (que contestes le señalan con el geroglífico de nueve pedernales, y corresponde al de 1384), era Acamapichtli segundo, y ni en ellas, ni en las mejicanas se halla rey alguno de Méjico que se llamase Matlahuiztin; y así se conoce que no pudo ser otro que Acamapichtli, á quien dieron el renombre de Ma-

tlalihuitzin, que quiere decir *el de las diez plumas*, así como á su rey le dieron el de Culhua Tecuhtli Quanex.

Estaba casado Acamapichtli con Tezcatlamiahuatl hija de Coxcox, como dije al capítulo XVIII. Este Coxcox era hijo de Acolmixtli, rey de Cohuatlican, y nieto de Huetzin, de quien descendian estos señores de Huexutzinco, y esta era la alianza y parentesco que tenían con Acamapichtli.

No tardaron los mal contentos en poner en practica su proyecto, y pocos dias despues, en uno mismo, se levantó el motin en todas las poblaciones, tomando las armas la plebe contra los señores, gobernadores y gente principal que no habia entrado en su liga, y se comenzó una guerra civil cruelísima en que matándose unos á otros, sin respetar parentescos, alianzas ni obligaciones, se derramó muchísima sangre; mas como era incomparablemente mayor el número de los sediciosos que el de los fieles, hubieron estos de ceder, y los que pudieron escapar la vida se retiraron á la corte.

Dió el rey prontamente la providencia de levantar en ella todo el número de gente que fuese posible para defenderse, considerando que toda aquella tempestad habia de descargar allí; y así procuró fortificarse cuanto le fué posible y le permitió el tiempo, haciendo abrir profundas zanjas, derrocando peñas que impidiesen el paso, y procurando guarnecer de tropa todos aquellos parages por donde pudieran asaltarle.

Envió luego sus mensajeros al emperador pidiéndole socorro, y por otro lado envió otros á varios principes sus feudatarios, como fueron al de Xicochimalco, Xalpan, Itztlotlan y otros.

Llegaron primero á Méjico los que habia despachado el señor de Huexutzinco, pidiendo socorro al rey Acamapichtli, quien al oír que Xiuhlelui hacia la guerra á Culhua Tecuhtli, se admiró mucho de tan impensada novedad y repentina mudanza entre dos potencias que habian estado siempre tan unidas. Quedóse mucho rato suspenso sin saber qué responder, ni qué partido tomar en el estrecho en que se hallaba, porque con uno y otro tenia relacion de parentesco, mas inmediata con el Huexutzinco por su muger; pero aunque mas distante, era por consanguinidad con el tlaxcalteca, y á mas de esto era el tlaxcalteca tio del emperador.

La razon de este en defender su corona, y castigar unos vasallos revoltosos é infieles era de mucho peso: la del otro en procurar atajar la rapidez con que se iba elevando el vecino en poder y autoridad, quedando él expuesto á ser despojado de la suya, parece que se fundaba en buena política. Fluctuando, pues, entre estas dudas el rey de Méjico estuvo suspensó un gran rato, hasta que discurrió un medio con que le pareció quedar bien con entrambos sin auxiliar á ninguno.

Respondió á los embajadores que volviesen luego y dijese á su señor, que prontamente le enviaria el socorro que pedia: sin dilacion mandó aprontar un buen grueso de tropas que marchase luego á Huexutzinco. Pero al mismo tiempo mandó llamar á dos señores principales, cuyos nombres no dicen, y les ordenó que partiesen sin dilacion á Tlaxcallan, y dijese de su parte al rey Culhua Tecuhtli Quanex como el de Huexutzinco le habia pedido socorro de tropa con que hacerle la guerra; que él no habia podido escusarse de enviarlo, pero que iria con orden de no pelear contra los tlax-

caltecas, sino de mantenerse siempre reservada, de suerte que no seria mas que una apariencia de socorro; y en efecto esta misma orden dió á los gefes que la habian de ir mandando.

Partieron luego los embajadores á Tlaxcallan, y llegados a la presencia del rey Culhua Tecuhtli, dieron su embajada en estos términos, que traducen literalmente los historiadores del idioma mejicano al nuestro: „ Vos, señor de la alta cumbre de Tlaxcallan, sabed „ que somos mensajeros y embajadores del muy gran „ señor vuestro sobrino y pariente, que señorea y tie- „ ne en guarda las aguas de la gran laguna de Tenuhc- „ titlan, llamado Matlahuiztin, quien nos envia á de- „ cir y avisar que la gente de Huexutzinco y su caudi- „ llo llamado Xiuhlehuitecuhtli le ha enviado á pedir so- „ corro, porque quiere venir sobre vosotros y moveros „ cruda guerra; y ruega á este gran señor nuestro que „ á tí nos envia, lo favorezca y envíe muchedumbre de „ gente, para que lo auxilie contra vosotros. El se la „ ha prometido, y se la empieza á enviar, pero de tal „ manera, que no le sea provechosa para efecto algu- „ no, sino tan solamente que haga un alarde y aparien- „ cia de socorro, sin que lleguen á combatir contra vo- „ sotros; y nos envia á daros este aviso, para que esteis „ entendido que ni él, ni sus gentes vendrán á ofende- „ ros, y por tanto os ruega que no seais contra los su- „ yos, y que si hicieréis vuestros encantos (1), reserveis „ á los mejicanos y no les hagais daño.” Agradeció mucho Culhua Tecuhtli Quanex la accion del rey de Mé-

(1) Así dice en ambos M. S.: tal vez debería decir encuen-
tros.—E.

jico, y respondió á sus embajadores con muchas expresiones de afecto, asegurándoles que los suyos no ofenderian en nada á los mejicanos, siempre que estos no se mezclasen en el combate.

No procedió de esta suerte el emperador con el Huexutzinca, sino que apenas oyó la embajada mandó aprontar sin dilacion un gran cuerpo de ejército, con orden de que marchasen inmediatamente al socorro de su tío, nombrando por general á un famoso capitán de experimentado valor y conducta llamado Chinametzl, á quien entregó un hermoso vaso de alabastro, muy fino, primorosamente labrado, para que lo llevase y regalase en su nombre al rey Culhua Tecuhtli Quanex, asegurándole de su fiel amistad, y que á aquel socorro de gente seguirian otros que iria enviando.

Llegó Chinametzl con su gente á vista de Tlaxcallan, que tenian ya sitiada los rebeldes, á los cuales se habian agregado las tropas de Huexutzinco, Cholollan Tepeyacac, Quauhquecholan, Itzocan, Atlixco, y otros varios pequeños señores que habian entrado en la liga. Disputáronle el paso, y se trabó una escaramusa en que hubo algunos muertos, pero sin embargo á muy poca costa logró Chinametzl entrar en la ciudad el socorro que presentó al rey, y le entregó el vaso de alabastro, haciéndole en nombre de su soberano las expresiones que le ordenó, á las que correspondió Culhua Tecuhtli con otras muy atentas, manifestando su estimacion y gratitud.

Tambien lograron entrar felizmente los demas socorros que habia enviado á pedir el rey á los otros señores que dije arriba, con lo que juntó dentro de su corte un ejército formidable; pero no era ménos numeroso

el de los sitiadores que continuamente se aumentaba con los refuerzos que les venian de toda la comarca.

CAPITULO XXIV.

Determinan los rebeldes asaltar la ciudad y envian á avisarlo á los sitiados. Supersticiones que estos practican por disposicion de sus sacerdotes. Dase el asalto general en que muere mucha gente de ambas partes, y queda la victoria por los sitiados. Piden perdon al rey los rebeldes, y se los otorga. Pídenle la paz las demas potencias, y se la concede. Pocos años despues muere el rey de Tlaxcallan, y deja dividido el reino entre sus dos hijos.

Cada dia se aumentaba el número de los sitiadores de la gran ciudad de Tlaxcallan; y aunque no habia accion de consecuencia, no dejaban los sitiadores de hacer sus tentativas ya por uno, ya por otro lado de la ciudad: mas los sitiados estaban alerta para rechazarlos, sin que la accion pasase á mayor empeño. Teniendo ya aquellos un ejército tan numeroso que, aunque nadie dice la suma á que llegaba, todos asientan que la multitud de gentes cubria todos los cerros y campos del contorno de la sierra de Matlalcueye, enviaron sus mensajeros á la ciudad, segun era entre ellos costumbre y política militar, haciendo saber á los sitiados que dentro de tres dias darián el asalto general por todas partes, para que estuviesen prevenidos á la defensa.

Respondieron los sitiados que viniesen en buena hora, que les hallarian prontos y prevenidos para rechazarlos. Entónces el rey mandó que todos ayunasen aquellos tres dias, y concurriesen cuatro veces al dia al templo de Camaxtle á hacer oracion y ofrecer sa-